



EMANCIPACIÓN OBRERA

¡Unión de los Oprimidos...Contra los Opresores!

¡A DOS SIGLOS DE LA PATRIA BOBA!

Por MAER

La consigna no es un acto de abjuración ante el imperio del norte, sino una consigna por la segunda independencia y el nacimiento de la Segunda República.

Quien Siembra Viento Cosecha Tempestades

De Fujimori a Uribe Vélez... de Montesinos a Fernando Londoño y otros más.

No sorprende que el pequeño emperador y su vice-escudero hayan repetido tercio en la presidencia y vicepresidencia de la república de “cafres”, de la que hace tanto hablara Echandia, más parecida hoy a una caricatura de “patria boba” del Siglo XIX, al mando de los “cesares de la decadencia”, de los que sin ambages hablara Vargas Vila.

La escrituración del país a los Estados Unidos, a través del TLC no difiere en significación de la vergonzosa entrega de Panamá, ya hace un siglo a este imperio desenfrenado. La Guerra de los Mil Días que sacudió al país entre 1899 y 1902, instigada por las castas de la oligarquía semifeudal para repartirse el poder del Estado, serviría no solo como pretexto para aceptar la afrenta de la pérdida de Panamá sino para excusar la necesidad de un régimen de fuerza que pusiera fin al desmadre de la guerra civil y aclimatara la paz, para garantizar la “inversión extranjera”, ávida de ingresar en masa a Colombia so pretexto de liberarnos del atraso de las fuerzas productivas y a traernos progreso y riqueza sin fin, bla, bla, ...

Y se consolidó la “República Conservadora”, que ya se había inaugurado con la Constitución de 1886, y el nuevo mapa del país correspondería exactamente a lo que los dos bandos tradicionales acordaron para refundar una vez más su pervertido concubinato de elites putrefactas e inescrupulosas en el poder. En efecto, el país vio endeudarse la hacienda pública y lo pagado por la venta de Panamá no alcanzó sino para saciar los bolsillos de la oligarquía; la familia Barco encontraría el Dorado Negro al firmar con los gringos la primera concesión para la exploración y explotación petrolera (1905), a la que seguirían la de Mares y otras más de viejos y nuevos tiempos, desde los santanderes, hasta el Magdalena Medio, los llanos orientales, al Alto Magdalena y el Putumayo.

Cierto que el país vio crecer como nunca su infraestructura carretable y férrea, la electrificación y la telefonía, además la construcción de edificios públicos y la inversión extranjera en proyectos agroexportadores y agroindustriales como el del banano y el azúcar; pero también vio las masacres instigadas por este capitalismo salvaje contra los asalariados de las bananeras (la masacre de 1928 en el Magdalena); contra el proletariado cañero del Valle de Cauca; la masacre de estudiantes por la dictadura de Miguel Abadía Méndez, durante 1928 y 1929, cuando los estudiantes, los maestros y el proletariado urbano se solidarizaba con los bananeros. En fin, como lo ha enseñado la historia del capitalismo, todo su progreso ha estado manchado con la sangre de los pueblos y todo el crecimiento económico y la concentración excesiva de la riqueza en unos cuantos capitalistas y oligarcas, ha contrastado siempre con el crecimiento del número de pobres y con la agudización de su pobreza, hasta llegar a los niveles de hambre y miseria de todos los tiempos.

Los puritanos y los ingenuos, la mayoría paradójicamente pobres o de clases medias, no se hacen la pregunta acerca de por qué, “progresando” tanto la sociedad, hay cada día más pobres y los ricos sean más ricos. Sin embargo todos los días están a tiempo de hacérsela.

Pero retornemos al cambio tormentoso entre los siglos XIX y XX para otear el panorama de entonces y

las extraordinarias coincidencias con el cambio tormentoso entre los siglos XX y XXI, sin que ello suponga una analogía sin sujeción a los tiempos y cualidad de los procesos de entonces y de ahora.

El imperio parece agotado y muchos analistas internacionales auguran su ocaso, mientras en Europa y Asia se hacen apuestas sobre cuál de sus bloques lo reemplazará e incluso ayudará a aplicarle los santos oleos; a diferencia de hace un siglo, sus errores y crímenes contra todos los pueblos del mundo son ya de tal magnitud y causan tal repudio, que es inocultable el odio con que se le mira por doquier; el país se sacude en un conflicto interno armado que ha desestabilizado no solo al establecimiento oligárquico y su santa alianza con los gringos sino que ha provocado una creciente reacción social que condena las acciones de insurgentes y de paramilitares con cada vez menos diferenciación; la inversión en infraestructura y telecomunicaciones está puesta exclusivamente a favor de los sectores que se orientan a la globalización que agudizará la reprimarización de la economía colombiana y la invasión de productos extranjeros, en contraste con la agonía de la producción nacional agrícola e industrial; la hora, como hace un siglo, será de una oligarquía parasitaria que no tendrá mientes en asumir el rol de testaferrato de los monopolios imperiales y abrazar la ola mentirosa del “libre comercio” contemporáneo.

Como hace un siglo, con Rafael Reyes, el pequeño emperador y su damiselo de vice-compañía, se contorsionan hasta el éxtasis ratificando que la “patria” de ellos está herida de muerte por la guerra de la insurgencia y que ello amenaza la salvaguarda de los bienes y la propiedad privada, pero fundamentalmente, la inversión extranjera, que como hace un siglo, se desvive por ingresar al paraíso fiscal y la seguridad que le ofrecen el ejército legal y las fuerzas ya legalizadas del para Estado, amparadas por Ley y usos y costumbres del empresariado colombiano, ducho en el ejercicio de acudir a la seguridad por propia mano.

Como vemos, la Colombia de estos días se parece mucho al Perú de Fujimori y Montesinos, solo que Colombia es más bondadosa, pues aquí no tenemos un Montesinos sino que ya van varios y se esperan informes de otros juzgados, si es que éstos pueden escapar a la censura del régimen, empecinado en liquidar la justicia civil, eliminar la independencia de las cortes y entregar todo el poder a la justicia penal militar, para prolongar en Colombia su propia “noche de los lápices”, tal como la vivió dolorosamente Argentina con las dictaduras militares de décadas pasadas.

Que Álvaro Uribe Vélez haya triunfado por segunda vez no es tan estruendoso como los medios pagos por las mismas oligarquías lo quieren mostrar. Algunas reflexiones bastan: Con relación a su triunfo anterior Uribe aumentó un poco más de un millón y medio de votos (en 2002 alcanzó 5.800.000 votos), que pudieron haber provenido de los resentidos candidatos derrotados por Serpa en la consulta interna del liberalismo y de unas cuantas decenas de miles de conservadores doctrinarios que aún quedan y que con Uribe se han reencauchado; aunque por todos lados los medios y algunos comentaristas despistados del establecimiento y de la propia crítica intelectualoide que ahora, en honor a un falso gesto de neutralidad, se deshace en elogios al triunfador, se menciona que hubo “ríos de gente” ansiosa por votar y que las calles se vieron agolpadas por la “democracia”, la abstención apenas fue un punto inferior a la registrada en las últimas elecciones presidenciales y se mantiene en la constante histórica de los últimos veinte años; si bien en municipios del país y del Tolima que han sido en el pasado reciente territorios de control de las FARC y el ELN el uribismo ganó, y ello puede ser un indicativo de un erróneo estilo de intimidación armada del que la población quiso sacudirse, acudiendo al régimen de la “seguridad democrática”, también es claro que en todos los municipios que estuvieron en el pasado reciente y están aún bajo control paramilitar, el uribismo “triunfó” sin atenuantes.

Para hacer un corte aquí, también quedó en evidencia que la presencia de Mockus como vocero de la población indígena, o por lo menos de la llamada Alianza Social Indígena, ASI, fue desautorizada en las urnas con el voto indiscutible por Carlos Gaviria, en la mayoría de los departamentos con población indígena, o simplemente desacatada.

No puede dejarse pasar por alto que el liberalismo fue víctima de los males y vicios que prohió en el ejercicio de la política colombiana: el clientelismo y la corrupción, con la negación de un esquema real de gobierno oposición, que lo llevó a la derrota de la que difícilmente podrá reponerse y sobre cuyos errores no tiene autoridad moral ni política para ofrecer disculpas. A ello hay que agregar el hecho que Cesar Gaviria, con más cinismo que claridad política, pasó sin juicio de crítica, de incendiario neoliberal a bombero claudicante del modelo que él ayudó como ningún otro a consolidar en los inicios de la década de los 90 y que como premio le otorgara la elección en la presidencia de la Organización de Estados Americanos-OEA.

La llamada “Ley de Garantías electorales” resultó ser un instrumento ideal para amarrarle las manos a la oposición en cargos de poder departamental y local, mientras dejaba libres las del presidente, que recorría a sus anchas el país haciendo promesas demagógicas, como las que ha repetido desde su primer “consejo Comunitario”. El hecho es que la maquinaria de la contratación, clave para comprometer votos a favor de candidatos diferentes al uribismo, no

pudo funcionar y por el contrario, actúo como un aliciente para argumentar que era necesario definir todo en la primera vuelta, so pena de prolongar por casi dos meses más la abstinencia del paro forzado de la contratación pública.

Sí, ganó el “señor de las sombras” y lo peor es que no le ha podido aclarar a la opinión pública mundial y por supuesto a los colombianos, su pasado como amigo de los narcotraficantes y como creador, promotor y defensor del paramilitarismo, tal como Serpa en su discurso de reconocimiento de su derrota lo expresara la misma noche del 28 de mayo; o como lo expresara también Mockus esa misma noche, reiterando esas mismas dudas que no han podido dejar de hacer públicas los propios admiradores del ahora reelecto presidente.

Tampoco puede ser objeto de orgullo para país alguno el beneplácito expresado por el emperador Bush y la monstruosa señora Condoliza Rice, al señalar las “excelentes” relaciones del “señor de las sombras” con el gobierno estadounidense y el apoyo irrestricto de éste a los dictados de la Casa Blanca.

Pero un aspecto que no deja dudas sobre el camino que va a recorrer Uribe es su decisión de retomar la reforma tributaria el mismo 30 de mayo, a solo dos días de su triunfo electoral. Tampoco queda duda que la “bancada” uribista, con todo y los voceros narcoparamilitares adentro, garantizará la aprobación a pupitrazo limpio, o con ademanes de demagogia que dejen la sensación de “debate” y críticas, todas las propuestas neoliberales que de tiempo atrás se han venido cocinando y que esperan solo el momento para ser impuestas sin anestesia a un pueblo que parece necesitar experimentar más hambre y miseria para despertar del letargo en que lo ha sumido la video realidad montada por los medios del establecimiento y los sobornos de la burocracia y el empresariado que se han lucrado como en ningún otro momento de la historia, con la venta de la soberanía económica del país y se han convertido en miserables y desvergonzados testaferros del capitalismo internacional.

